>> CAPÍTULO 5

PIES MOJADOS

Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

—EFESIOS 4.32

Dios concibió el perdón como la única forma de mantener vivo su romance con la familia humana caída.

—LEWIS SMEDES

Si no transformamos nuestro dolor, seguramente lo transmitiremos.

—RICHARD ROHR

>> ACEPTAR LA GRACIA
ES ACEPTAR EL JURAMENTO
DE OBSEQUIARLA.

Si las heridas fueran cabellos, todos pareceríamos osos grises. Hasta las bellezas de piel tersa de las revistas, los tranquilos pastores en el púlpito, y la tierna ancianita que vive al lado. Todos ellos. Todos nosotros. Nos habríamos convertido en espantosas bestias peludas. Si las heridas fueran cabellos, estaríamos perdidos detrás de lo tupido de estos.

¿Por qué nos resultan tantas? Tantas heridas. Cuando los niños se burlan de la manera en que tú caminas, esos insultos te hacen daño. Cuando los maestros miran con frialdad el trabajo que has hecho, ese rechazo te hiere. Cuando tu novia te abandona, cuando tu esposo te abandona, cuando la compañía te despide, eso hace daño. El rechazo siempre duele. Tan cierto como que el verano trae sol, la gente produce dolor. A veces de modo deliberado. En ocasiones de forma fortuita.

Victoria Ruvolo puede hablar del dolor fortuito. En una noche de noviembre en 2004 esta neoyorquina de cuarenta y cuatro años conducía a casa en Long Island. Acababa de asistir al recital de su sobrina y estaba lista para el sofá, el calor del fuego, y el relajamiento.

La mujer no recuerda haber visto el Nissan plateado aproximándose por el oriente. No recuerda nada del joven de dieciocho años asomado a la ventanilla y sosteniendo, quién lo iba a decir, un pavo congelado. Lo lanzó contra el parabrisas de ella.

El ave de veinte libras atravesó el vidrio, dobló el volante hacia adentro, y se estrelló contra el rostro de Victoria como un plato de comida sobre concreto. La violenta travesura la dejó luchando por su vida en la unidad de cuidados intensivos. La dama sobrevivió, pero solo después de que los médicos le inmovilizaran la mandíbula, le fijaran un ojo con tejido sintético, y le atornillaran placas de titanio al cráneo. La mujer no se puede mirar al espejo sin un recordatorio de su dolor.[1]

A ti no te ha golpeado un pavo, pero te casaste con uno, trabajas para uno, o te abandonó uno. ¿Hacia dónde te vuelves ahora? ¿Sicarios.com? ¿Jim Beam y amigos? ¿El Servicio de Autocompasión?

Podemos relacionarnos con la reacción de algunos soldados de Estados Unidos en Afganistán. Un miembro del grupo recibió una carta de rompimiento de relación. Quedó devastado. Para colmo de males, su chica le escribió: «Devuélveme por favor mi foto favorita porque me gustaría usarla para mi fotografía de compromiso en el periódico del condado».

¡Ay! Pero sus compañeros llegaron en defensa del hombre. Fueron por todo el cuartel y recogieron fotos de todas las novias de los soldados. Llenaron con ellas toda una caja de zapatos. El despechado soldado envió las fotos por correo a su ex novia con esta nota: «Por favor, encuentra tu foto adjunta y devuélveme las demás. Por mucho que lo intento no logro recordar cuál eras tú».[2]

La represalia tiene su atractivo. Pero Jesús tiene una idea mejor.

Juan 13 registra los acontecimientos de la última noche antes de la muerte del Señor. Él y sus seguidores se habían reunido en el aposento alto para tener la Pascua. Juan comienza su narración con una sublime declaración: «Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba» (Juan 13.3).

Cristo sabía el *quién* y el *por qué* de su vida. ¿Quién era él? El Hijo de Dios. ¿Por qué estaba en la tierra? Para servir al Padre. Jesús sabía su identidad y conocía su autoridad, «se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido» (vv. 4.5).

Jesús (presidente, director técnico, rey del mundo, soberano de los mares) lavando pies.

No soy un fanático de los pies. ¿Mirar cara a cara? Lo haré. ¿Estrechar la mano? Con mucho gusto. ¿Pasar un brazo alrededor de los hombros? Feliz de hacerlo. ¿Enjugar una lágrima de la mejilla de un niño? En un santiamén. Sin embargo, ¿frotar pies? Qué absurdo.

Los pies huelen mal. Nadie crea una colonia llamada Pie de Atleta de Clase o Almizcle de Calcetín de Gimnasio. A los pies no se les conoce por su agradable olor. Tampoco lucen bien.

El hombre de negocios no mantiene sobre su escritorio una foto enmarcada de los dedos de los pies de su esposa. Los abuelos no cargan fotos del tobillo hacia abajo de sus nietos. «¿No son esos los arcos más lindos que se hayan visto alguna vez?» Queremos ver la cara, no los pies.

Los pies tienen talones. Tienen uñas en los dedos. Juanetes y hongos. Costras y callosidades. ¡Y verrugas plantares! Algunas tan largas que afean en gran manera. Los pies tienen cinco deditos cada uno más feíto y gordito que el otro. Perdónenme ustedes, gente de la sociedad de podólogos y de plantas de los pies, pero no me cuento entre ustedes. Los pies huelen mal y lucen horribles, lo cual creo que es el punto de esta historia.

Jesús tocó las malolientes y feas partes de sus discípulos. Sabiendo que venía de parte de Dios. Sabiendo que estaba yendo al Señor. Sabiendo que podía arquear una ceja o aclarar la garganta, y que todos los ángeles en el universo se pondrían alerta. Sabiendo que toda la autoridad era de él, del Maestro, cambió su posición por la de siervo, se humilló hasta ponerse de rodillas, y comenzó a frotar la mugre, el polvo y la suciedad que esos pies habían recogido en el viaje.

Esta era la tarea de un esclavo, el trabajo de un siervo. Cuando el amo llegaba de un día de caminar por calles empedradas esperaba un lavado de pies. El siervo de menor rango lo recibía en la puerta con toalla y agua.

Pero en el aposento alto no había siervo. ¿Cántaro con agua? Sí. ¿Palangana y toalla? En la esquina de la mesa. Pero nadie las tocó. Nadie se movió. Cada discípulo esperaba que alguien más estirara la mano hacia el recipiente con agua. Pedro creía que Juan lo haría. Juan creía que Andrés lo haría. Cada apóstol suponía que alguien más lavaría los pies.

Y alguien más lo hizo.

Jesús no excluyó ni a un solo seguidor, aunque no lo habríamos culpado que se saltara a Felipe. Cuando Cristo les pidió a los discípulos que alimentaran a las cinco mil personas hambrientas, Felipe efectivamente había replicado: «¡Imposible!» (ver Juan 6.7). Por tanto, ¿qué hace Jesús con alguien que le cuestiona las órdenes? Aparentemente el Señor lava los pies del que duda.

Santiago y Juan presionaron para obtener posiciones en el reino de Cristo. Por tanto, ¿qué hace Jesús cuando las personas usan el reino de Dios para hacer promoción personal? Desliza una palangana en dirección a ellas.

Pedro dejó de confiar en Cristo en medio de la tormenta. Intentó evitar que el Maestro fuera a la cruz. A las pocas horas el discípulo maldeciría el mismo nombre de Jesús y saldría volando a esconderse. Es más, todos los veinticuatro pies de los seguidores de Jesús saldrían corriendo pronto, dejando solo al Mesías frente a sus acusadores. ¿Se ha preguntado alguna vez lo que hace Dios con quienes incumplen promesas? Les lava los pies.

Y Judas. La rata mentirosa, intrigante y codiciosa que vendió a Jesús al mejor postor a cambio de un puñado de dinero. Cristo no le lavaría los pies, ¿verdad? Sin duda que no. Si le lavara los pies a ese Judas, tú tendrías que lavarle los pies a tu propio Judas. A tu traidor. A tu desadaptado y bellaco lanzador de pavos helados. A ese villano irresponsable y bueno para nada. El Judas de Jesús se alejó con treinta piezas de plata. El tuyo se alejó llevándose

la virginidad, la seguridad, el cónyuge, el trabajo, la infancia, la jubilación, las inversiones tuyas.

¿Esperas tú que yo le lave los pies a ese Judas y lo deje ir?

La mayoría de las personas no quiere hacerlo. Usan la foto del villano como un blanco para dardos. Sus volcanes explotan de vez en cuando, enviando odio y contaminantes al aire, y contaminando y derramando mal olor por el mundo. La mayoría de los individuos mantienen una olla de odio hirviendo a fuego lento.

Pero tú no eres «la mayoría de las personas». La gracia ha obrado a tu favor. Mira tus pies. Están mojados y empapados de gracia. Los dedos, los arcos y los talones de tus pies han sentido la fresca palangana de la gracia divina. Jesús te ha lavado las partes más mugrientas de tu vida. Él no te pasa por alto para llevar la cubeta hacia alguien más. Si la gracia fuera un campo de trigo, Jesús le habría dejado en herencia el estado de Kansas. ¿No puedes tú compartir con otros la gracia de él?

«Si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Juan 13.14–15).

Aceptar la gracia es aceptar el juramento de obsequiarla.

Victoria Ruvolo lo hizo. Nueve meses después de su desastrosa noche de noviembre enfrentó a su agresor en la corte, teniendo la cara atornillada con titanio. Ryan Cushing ya no era el engreído chico que lanzara el pavo desde el Nissan. Estaba temblando, llorando y disculpándose. Para la ciudad de Nueva York el desadaptado social había llegado a simbolizar a una generación de muchachos descontrolados. Ciudadanos atestaron el salón para verle obtener su merecido. Los enfureció la sentencia del juez: solo seis meses tras rejas, cinco años de libertad condicional, algo de consejería, y servicio público.

La sala estalló. Todo el mundo objetó. Todos, menos Victoria Ruvolo. La reducida sentencia fue idea de ella. El muchacho se acercó, y Victoria lo abrazó. A la vista del juez y del auditorio, ella lo agarró firme y le acarició el cabello. Mientras el joven sollozaba, Victoria habló.

—Te perdono. Quiero que tu vida sea lo mejor que pueda ser.

La mujer permitió que la gracia moldeara su reacción.

—El Señor me dio una segunda oportunidad en la vida, y la estoy trasmitiendo —manifestó refiriéndose a su dadivosidad—. Si no me hubiera

despojado de esa ira, esta necesidad de venganza me habría consumido. Perdonar al chico me ayuda a seguir adelante.[5]

El percance que esta noble mujer sufrió la condujo a su misión: ser voluntaria del departamento de libertad condicional del condado. «Estoy tratando de ayudar a otros, pero ahora sé que por el resto de mi vida me conocerán como "La Dama del Pavo". Pudo haber sido peor. El muchacho me pudo haber lanzado una hamburguesa, ¡y me llamarían Miss Chanchita!». Victoria Ruvolo sabe cómo llenar una palangana con agua.

¿Y tú?

Construye una prisión de odio si quieres, cada ladrillo una herida. Diséñala con una celda y una sola litera, pues no atraerá compañeros de cuarto. Cuelga pantallas gigantes de video en cada una de las cuatro paredes para que las imágenes grabadas de la agresión se transmitan una y otra vez, veinticuatro horas al día. Auriculares disponibles bajo pedido. ¿Conmovedor? No, aterrador. Los rencores albergados absorben la alegría de vivir. Vengarse no te pintará otra vez el fondo azul en tu cielo ni te restaurará la primavera a tu paso. No. Te dejará más amargado, encorvado y enojado. Concede la gracia que se te ha otorgado.

Al hacerlo no estás aprobando las acciones de tu agresor. Jesús no aprobó los pecados tuyos al perdonarlo. La gracia no le dice a la hija que le agrade el padre que la violó. No dice a los oprimidos que le guiñen el ojo a la injusticia. La persona definida por la gracia aún envía ladrones a la cárcel y espera que un ex cónyuge pague manutención de un hijo.

La gracia no es ciega. Ve perfectamente la herida. Pero elige ver aun más el perdón de Dios. Se niega a dejar que el dolor le envenene el corazón. «Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados» (Hebreos 12.15). Donde falta la gracia abunda la amargura. Donde la gracia abunda crece el perdón.

El 2 de octubre de 2006, como a las diez de la mañana, Charles Carl Roberts ingresó a la escuela West Nickel Mines Amish en Pennsylvania. Llevaba una pistola 9 mm, una escopeta calibre 12, un rifle, una bolsa de pólvora, dos cuchillos, herramientas, un arma de electrochoque, 600 cartuchos de munición, lubricante sexual KY, y cuerdas de alambre y plástico. Usando cuerdas flexibles de plástico ató a once chicas de seis a quince años de edad. Mientras se preparaba para dispararles, Marian Fisher, de trece años, dio un paso adelante y dijo: «Dispáreme primero». Supuestamente la hermana

menor de ella, Barbie, pidió a Roberts que le disparara a continuación. El hombre les disparó a diez chicas. Luego se suicidó. Tres de las muchachas murieron al instante; dos más murieron en el hospital a la mañana siguiente. La tragedia sorprendió a la nación.

El perdón de la comunidad Amish sorprendió aun más. Más de la mitad de la gente que asistió al funeral de Roberts eran de Amish. Una partera del lugar que había ayudado a nacer a varias de las chicas asesinadas por el criminal hizo planes para llevar alimentos a la familia del asesino. La mujer expresó: «Esto es posible si se tiene a Cristo en el corazón».[7]

La secuencia importa. Jesús lava primero; nosotros lo hacemos después. Él da el ejemplo; nosotros imitamos. Él usa la toalla y luego nos la extiende, diciéndonos: «Ahora hazlo tú. Atraviesa el piso de tu aposento alto, y lávale los pies a tu Judas».

Así que, adelante. A mojarse los pies. Quítate las medias y los zapatos y mete los pies en el recipiente. Primero uno, luego el otro. Permite que las manos de Dios te extraigan todas las partes sucias de tu vida: deshonestidad, adulterio, arrebatos de ira, hipocresía, pornografía. Deja que el Señor toque todo eso. Mientras sus manos hacen el trabajo, mira alrededor del salón.

Quizás no se produzca todo el perdón a la vez. Pero este puede ocurrir dentro de ti. Después de todo, tú tiene los pies mojados.